

Poema vengativo

(nicanorparriano)

Si un tipo me dispara,
agujereándome el pie izquierdo,
y lo busco, cojeando,
arrastrando mi pierna como un tronco,
y no lo encuentro,
¿Cómo le hago para quitar el dolor?

Entonces, debo seguir caminando,
excavando trincheras al andar,
arrancando las hojas de los árboles con manos rabiosas,
estrellando mis puños contra el pavimento,
precipitando terremotos breves.

Hasta que me entero
que vive con un amigo.

Y si le digo a su amigo
que me lo entregue
o le voy a quemar la casa
y dice que no sabe dónde está
y se niega a entregarlo
y luego saco una pistola
y paso como una tormenta
por su casa,
dejando a su familia en pedazos.

Salvo un niño de diez años
que salta la barda de atrás.

Y si prendo fuego a su casa,
y el amigo se queda mirándome
a través de las llamas,
sus ojos hechos carbones
y sus facciones reducidas a ceniza.

Ya llevo dos meses olfateando a mi enemigo.
Las caras que veo en la calle
todas son de él.
Su boca infame, sus ojos fanáticos
están en las vitrinas, en los espejos.

He arrasado cinco casas.
Y no lo alcanzo.

¿Hasta cuándo se esconderá
este vil, este cobarde,
este hijo de las sombras malignas?

Hoy estoy en mi casa,
sentado frente a la tele,
y entra un niño,
estallando los vidrios,
y sus ojos son llamas
y su puño es un revólver
que me agujera el pie derecho.

Y se va,
saltando al vacío por donde llegó.

Ahora debo salir a la calle,
buscando a dos, buscando a mil,
y me arrastro con las manos,
mis piernas dormidas como piedras.

Un viaje en avión

Los Ángeles es un juguete roto
que yace abandonado en las arenas
del bélico mar pacífico

su cuerpo reclama las tierras
que se han sublevado
 amontonadas como arrecifes
sobre los edificios

un aire cromático
cobija los poblados
y el verdor de sus colinas
se oscurece bajo el peso
del polvo automovilístico

lastimada tierra angelina
por fallas fr a g m e n t a d a
recortada por ríos
 de asfalto
y no de agua

presiente el peligro
 extinción
en cada tremor
que sacude la noche
en cada desgracia
que le niebla
la bella tarde pacífica
en cada estrella
que se apaga
en el sobrepoblado
 cielo

Los Ángeles es un jardín
vasto de las reliquias
de la humanidad
que se aleja detenidamente
del pájaro muerto
en que existo

el avión se desliza sobre la tierra
 su sombra engendra los cauces
 secos de los ríos desiertos
 despoblados de agua
 y de piedras

se asoma la arena
 entre las olas incipientes
 del horizonte

el agua del mar
 queda atrás
 cercada
 en su eterno rodar

y las nubes son espejos
 de la tierra
 sus blancos contornos
 forman ríos y montañas
 que usurpan los reflejos
 de las áridas piedras

y el globo
 lejos del sol
 se expresa en estruendos
 silenciosos que son barrancos
 y peñascos y erosión

el desierto es el grano
 de la madera
 prisionero del tiempo
 estático
 que al devorar el agua
 es devorado por la sequía

así paso yo
 las horas en suspensión
 frente a la tierra
 irreconocible entre mis manos
 me pierdo en sus vastos arcos
 sus banderas vastas que se ablandan
 en el horizonte

abajo se explayan los campos
las verdes siembras
pan de la boca
 famélica y gorda
del pueblo-águila
rapaz cazador
de las labranzas

el último aliento del sol
se pega rojo al ala
se entremete en los motores
con sus tenaces respiraciones
inútiles frente al anochecer

el sol es una refracción de la tierra que se apaga
en el húmedo
interior de una nube

y el avión desciende
lenta estrella fugaz
entre las flores-soles
de un campo de adormideras
que son las luces de
México

